

Francisco Patxot y Marcillach — Loq de Mar

Tomás Felíu — Patró

Felíu Mauri — Comerciante. Tofol

Juan Thomas id. Xiquera

Geroni Sentí — Roch de Mar

José Sunyer — Comerciant

Ignacio Calvet — Patró. Borrás

«Pidió estos terrenos Pedro Mártir Sentí, y después de la guerra ofreció el Monasterio 40.000 rs. vellón a la Subdeleg. de Mostrencos si se le adjudicaba, pero no solo los denunciados por Sentí, sino todos los arenales existentes y que se formaran en lo sucesivo.»

Pruébese por este documento la notable actividad que mantenían por entonces los astilleros de San Felíu, con la cual adquiriría el Paseo gran animación en las horas de trabajo. Ajustándonos empero al tema que motivó el suplicatorio, vemos, por la nota final, que después de la guerra los monjes intentaron también adquirir los terrenos, siendo de suponer que con la misma mira de edificarlos. No hay duda que la expresión «después de la guerra» se refiere a la guerra de Independencia, una vez los monjes hubieron vuelto al Convento, del cual, como es sabido estuvieron alejados todo el tiempo que las fuerzas napoleónicas ocuparon el país.

Los mencionados terrenos fueron, por lo visto, muy apetecidos para edificar. Todavía tenemos noticias de un tercer intento de adquisición, valiéndose esta vez los pretendientes de medios fraudulentos. La hallamos en el delicioso libro *Ganxonerías* de Manuel Sala, a quien el hecho proporcionó materia para uno de los capítulos más divertidos, el que lleva por título irónico *Un Ajuntament de notables* (tomo II, págs. 55 y siguientes).

Para aquellos que no hayan leído a Sala, resumiré el hecho tal como fué narrado por él, que sitúa en 1866. Aquel año, ante la sorpresa de los guixolenses, salieron elegidos concejales personas que no pertenecían como era costumbre, a la clase ilustrada y de más significación entre el vecindario; aunque gente honrada como la que más, según demostraron, no poseían las luces convenientes al cargo. Era, en fin, un Ayuntamiento como convenía a quienes lo habían hecho elegir, para que no hallara obstáculo el plan que habían fraguado. Este se realizaba poco tiempo después, al ponerse a la subasta en La Bisbal «els terrenys edificables de l'altra banda del Passeig del Mar, des de la Riera del Monestir fins al Portalet.» La documentación se hallaba en regla, por lo menos

aparentemente, y los terrenos fueron adjudicados por 90.000 escudos.

Los del Ayuntamiento no supieron nada de aquella venta ilícita hasta que personas competentes — entre ellas Rafael Patxot, que fué alcalde también y que además vivía en el Paseo — les abrieron los ojos. Y entoces alcalde y concejales, justamente indignados, demostraron que también eran de temple, y no descansaron hasta poner en claro el fraude. Resultado de todo fué que el Gobierno anuló la subasta, y un proceso, que acabó siendo encarcelados, por falsificación de documentos, un oficial de curia, el escribiente y la persona que había hecho elegir el Ayuntamiento «de paja», la cual huyó al extranjero.

Sala estuvo, al parecer, bien informado de aquel hecho raro, aunque no dió otro nombre que el del señor Patxot, y si él no menciona el del notario que también sufrió castigo, bueno será que yo lo silencie. Había de saber o sospechar el letrado que los terrenos pertenecían al común, y algún significado jurídico preciso debía tener además la expresión que figuraba en las antiguas escrituras de propiedad de las casas del Paseo del Mar, según la cual lindaban «per sol ixent, amb Mallorca».

En cuanto a los terrenos que se pretendían para edificar, la playa era por aquel entonces bastante extensa para que ello fuera posible. Hemos visto que eran los comprendidos entre la riera del Monasterio y el Portalet, correspondientes, por lo tanto, a la parte de playa en que había los astilleros. (El trozo hasta la caseta del Salvamento no debió prestarse para la edificación, dado que allí se efectuaba la descarga de los barcos).

En la época que escribía Sala (año 1930), el puerto se había ya construído, y la playa situada frente a la boca había poco menos que desaparecido, arrasada por la corriente frontal del mar, muy parecidamente a como se encuentra hoy. Escribe el autor de *Ganxonerías* (II, pág. 58) que antes de construirse el puerto, «la distància des de l'últim passeig fins al peu de l'aigua del mar era de més de cent metres més llarga de la que té actualment.» Aunque me parece excesiva tal distancia, recuerdo bien, y no pocos guixolenses recordarán también, la extensa playa que había junto a la desembocadura de la riera del Monasterio. Huelga decir que, de haberse edificado la calle, haría tiempo que el mar se habría llevado la mayor parte de las casas, como ha hecho con el terraplén y el balcón que tantos disgustos han dado a los últimos Ayuntamientos.

J. Torrent Fábregas